



## ALGUNAS REFLEXIONES DE UN MÉDICO SOBRE EL CUERPO HUMANO

### El cuerpo de Enrique o la "máquina maravillosa"

Cuando yo digo el cuerpo de Enrique, estoy reconociendo que Enrique no es su cuerpo, sino un ser que posee ese cuerpo. El cuerpo es una forma para ver a Enrique, porque nuestros ojos no pueden ver al ser. Nuestros pensamientos, nuestro intelecto, nuestra alma, tampoco pueden ver al ser, sólo lo intuyen o conocen infiriendo, a través del lenguaje de Enrique, a través de sus acciones, de sus afectos o de sus pensamientos, cómo es su ser. De este modo, el cuerpo es un medio para relacionarnos con otros seres. El cuerpo, por lo tanto, posee estructuras que posibilitan: con el lenguaje, expresarnos; con los ojos, vernos e inferir actitudes; con el intelecto y los afectos, entendernos; con las manos, acariciamos o castigarnos, ayudarnos físicamente, demostrar incluso sentimientos; con los pies, acercarnos al otro o huir de su lado.

El cuerpo, pues, es una herramienta, vale decir, un instrumento con el que trabaja un artesano que se llama cerebro, el cual, a su vez, es mandado por un ente denominado alma o espíritu, que es donde existe, por así decirlo, Enrique. Esta herramienta es maravillosa. El cuerpo humano tiene una estructura dinámica de huesos y cartílagos ("esqueleto"), la cual es flexible, con articulaciones y coyunturas que fueron hechas para moverse, por lo que, para eliminar fricciones dañinas, esas partes móviles están perfectamente lubricadas.

Las máquinas hechas por hombres están lubricadas sólo por fuentes externas; pero el cuerpo se lubrica a sí mismo, al fabricar una sustancia parecida a la jalea en la cantidad apropiada cada vez que se necesita. Sí, el cuerpo es una máquina maravillosa, a pesar de los defectos por los errores de copia de genes (mutaciones) que se han acumulado desde la caída del hombre traída por la maldición (Génesis 3).

El cuerpo tiene una planta química mucho más detallada que cualquier planta que el hombre haya construido. Esta planta transforma la comida que consumimos en tejido vivo, e induce el crecimiento de la carne, sangre, huesos y dientes. Más todavía, repara el cuerpo cuando las partes son dañadas por accidentes o enfermedades. De este mismo proceso, obtenemos la energía para trabajar y jugar. Nuestros cuerpos pueden producir calor, o enfriarse con las gotas de sudor que se derraman desde millones de pequeñas glándulas en la piel. Su termostato automático es el que se encarga tanto del sistema de enfriamiento como del sistema de calentamiento, manteniendo la temperatura corporal en aproximadamente 37 °C (98.6°F).

El cerebro es el centro del sistema computarizado más complejo e inigualable. Computa y envía a través del cuerpo miles de millones de bits de información, que controlan cada acción, en un abrir y cerrar de ojos. En la mayoría de los sistemas computarizados, la información es transportada por partes electrónicas y



Dr. Santiago Soto O.  
Decano Facultad de Medicina, UFT

alambres. En el cuerpo, los nervios son los "alambres" que transportan la información hacia y desde el sistema nervioso central; sólo en un cerebro humano hay probablemente más alambres, y más circuitos eléctricos, que en el sistema electrónico más complejo existente. Sí, este cerebro es algo maravilloso.

De hecho, mientras miramos en este preciso momento, estamos mirando gracias al cerebro. Aunque, claro está, el mensaje es enviado ahí por otra estructura maravillosa: el ojo humano. Las cámaras modernas operan bajo los mismos principios básicos que nuestros ojos, pero nunca han podido igualarlo. El enfoque y la apertura automáticos son en extremo refinados. El sonido que oímos se está tocando en un perfecto y pequeño instrumento musical ubicado en nuestro oído. Las ondas sonoras bajan por el canal auditivo y son transportadas por los huesos del oído medio hasta un espiral, el cual está enrollado como un pequeño caracol de mar. La oreja externa opera en el aire. Pero el caracol está lleno de líquido, y transferir ondas de aire a líquido es uno de los problemas más difíciles para la ciencia. Tres pequeños huesecillos son adecuados justamente para la labor que nos permite oír. Conste que el tamaño de estos huesos pequeños no cambia desde que nacemos.

El corazón es una bomba muscular que envía sangre a través de cientos de miles de vasos sanguíneos. Ella transporta alimentos y oxígeno a cada célula diminuta. El corazón bombea un promedio de seis litros de sangre cada minuto y, en un día, la suficiente como para llenar más de cuarenta cilindros de doscientos litros. La red de vasos sanguíneos se calcula, para un hombre de setenta kilos de peso, en una extensión de quinientos sesenta kilómetros. Sí, el cuerpo humano es una máquina maravillosa.

El hecho de que cualquiera de estos aparatos exista demuestra que son el trabajo de un diseñador inteligente y talentoso, el mismo Dios Creador. "Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó." (Génesis 1:27). La materia prima, los elementos básicos en nuestro cuerpo, se hallan en el "polvo de la tierra". Sin embargo, estos químicos no se ordenan a sí mismos en tejidos celulares, órganos y sistemas. Esto sólo puede ocurrir dictado por una inteligencia. El libro de Génesis enseña que Dios tomó "polvo de la tierra", moléculas orgánicas, y formó al hombre; después sopló en sus fosas nasales aliento de vida. Entonces, el hombre se convirtió en espíritu viviente. Los seres humanos somos diferentes a los animales, ya que "Dios creó al hombre a Su imagen" (Génesis 1:27).

Nuestro cuerpo ha sido diseñado con la habilidad para transmitir a las próximas generaciones la información programada, necesaria para formar otra persona a partir de elementos simples. Somos más que las sustancias que forman nuestro cuerpo. Somos una creación especial de Dios. El hombre es la obra maestra de Dios, la obra de sus manos, la corona de la creación. Lo mejor del universo.

Sin duda alguna, el cuerpo humano es el sistema de procesamiento de información más complejo. Si juntamos todos los procesos humanos de información, los conscientes (lenguaje, información controlada, movimientos voluntarios deliberados) y los inconscientes (funciones controladas por información de los órganos, sistema hormonal), involucraríamos el procesamiento de 1024 bits de información diariamente. Esta figura astronómica es mayor en un factor de 1,000,000 [esto es, es un millón de veces mayor] que el total de conocimiento humano, que es de 1018 bits almacenados en todas las bibliotecas del mundo.

### La psiquis y el cuerpo

La mente puede mandar al cuerpo y hacerlo su esclavo. Es lo que sucede en neurosis obsesivo compulsivas, en las que ideas de limpieza obligan a lavar —o bien, purificar— al cuerpo aun a costa de dolores. La esquizofrenia, por su parte, lo somete a las torturas de delirios y alucinaciones, sufriendo diversos síntomas que logran menoscabar al paciente. La anorexia nerviosa obliga al cuerpo a desaparecer y lo convierte en una realidad con quien lo humano, tal cual lo establece el psicoanálisis, habla, juega, miente y escucha, pero también indica lo verdadero, vale decir, es el cuerpo el que categóricamente exige, vencedor, la identidad previa amenazada. Ese cuerpo debe ser devuelto a su *status quo* anterior y compensado por esa pérdida del control. Esto es lo que sucede en el síndrome anoréxico. Porque en el propio cuerpo vivido, en el que se experimenta una debilidad, la enferma se apodera de ese cuerpo vivido, se separa de la exposición del mismo con su crisis de identidad; y halla, en esa instrumentalización, una última posibilidad de autoafirmación narcisista, al modo como lo hace alguien que se encuentra en una huelga de hambre. La ciega inquietud, las exageradas actividades deportivas que realizan los anoréxicos, les ayudan muy bien tanto a la pérdida de peso como a la elevación y estabilización del sentimiento de autoestima.

También, desde una psicología casi normal, se ve esto último en la instrumentalización del cuerpo vivido en deportistas de primera línea o fisicoculturistas. Una variante especialmente evidente de nuestra "cultura del narcisismo". Hay reglas establecidas desde las formas impuestas por el fisicoculturismo en las cuales, mediante la modelación del propio cuerpo, puede uno intentar hacerse "perfecto", obtener un "yo ideal".

"A veces la defensa va sobre todo contra el deber-vivir corporal". En otras palabras, cuanto más exitosamente nos adueñamos de este cuerpo vivido, de su nacimiento, de su sexualidad, de su mortalidad, tanto más se reducirá la sujeción corporal, tanto menor será la chance de la enfermedad y la muerte para vencernos.

Como la realización de este deseo de inmortalidad mediante una

instrumentalización del cuerpo está aún ciertamente lejana, el cuerpo se sustrae siempre una y otra vez a la objetivación como no disponible, como lo "real". La muerte del otro nos recuerda permanentemente lo ilusorio de lo que tenemos delante. Cuando escamoteamos la propia fragilidad y la muerte de otro cuerpo viviente, somos consecuentes de la misma manera.

La onda siempre renovadora que nos pide estar siempre en forma y en constante movimiento, bajo estrictos regímenes alimentarios, a veces tomando múltiples fármacos, manteniendo el concepto de la delgadez válida para todos y el culto a la belleza así considerada, ha dado origen a exitosas empresas de cirugía cosmética a nivel industrial, teniendo como objetivo la idea de un cuerpo en perfecto funcionamiento, sin marcas y espléndido, que deje en el olvido todo indicio de finitud.

Sobre la vida corporal se teje, de este modo, la ilusión de una experiencia feliz de la totalidad, que promete quitar toda emoción frente a la imperfección inherente al cuerpo vivido. Pero es la muerte de otro la que nos recuerda la finitud de la vida y por ello hoy se promueve una tranquila muerte burocratizada. El exilio de la muerte que encontramos por doquier, es solamente una variante de lo que podría llamarse una "forma de vida inhumana": la fuerza de las ilusiones con que enfermos graves o moribundos se aferran a su deseo de vivir.

Nuestro tiempo se caracteriza, quizá, por tratar de dominar el ser-arrojados-a-la muerte con una gigantesca instrumentalización del cuerpo vivido. De esta condición de dominar el ser-arrojados-a-la muerte, ha surgido la medicina intensiva, cuyo templo es la sala de cuidados intensivos, donde verdaderamente el cuerpo pasa a ser dominado, invadido por múltiples aparatos, catéteres, sondas y monitores de pulso, presión y oxigenación, tanto, que hacen desaparecer al propio cuerpo. En otras palabras, la instrumentalización del cuerpo, en pos de un "no morir", ha llegado a tales niveles que médicos y personal de colaboración médica controlan al paciente (cuerpo) desde lejos. Ya no se toca el pulso, se le mira en el monitor. Ya no se observa el color del paciente, se inquiera el nivel de oxigenación en el oxímetro que cuelga como un cangrejo que muerde un dedo del enfermo. Poco a poco, los instrumentos han ido desplazando al cuerpo: el sistema venoso está prolongado en un catéter; el pulmón en un ventilador, el corazón en un monitor. El cuerpo ya no le habla al médico, como antaño; ha sido desplazado. El enfermo, muchas veces, ni siquiera puede hablar, porque cánulas ocupan su boca y aplastan su lengua. Muchas veces son sólo los ojos los que se convierten en boca y lengua, pero hablan sin palabras, y ese lenguaje no lo entiende el doctor.

Esta brutal instrumentalización ha traído a algunos hombres de vuelta a la vida, cierto, con un costo en ocasiones desmesurado y con una calidad de vida que carece de cualidades. El cuidado del cuerpo, enseñoreado sobre los médicos y sobre la propia

persona, debe hacer cavilar en cuánto es lo que realmente vale la pena vivir para no morir. Así como la mente puede mandar al cuerpo y hacerlo su esclavo, como sucede en los ejemplos señalados, el cuerpo, por su parte, puede enseñorearse de la psiquis y reducir su campo de atención, hasta convertirlo en una especie de tubo a través del cual el cuerpo enfermo, con su sintomatología, esclaviza la mente.

El dolor, por ejemplo, impide atender cualquier asunto, trastorna el sueño, disminuye ciertos neurotransmisores y obliga la aparición de la depresión, estimula la secreción de algunas hormonas, reduce la memoria, acaba con la libido, y la mente simplemente se acurruca en algún lugar del cuerpo, sólo para "escuchar" su lamento.

Toda una tradición dualista ha ubicado al cuerpo como el elemento material del hombre, reservando para el espíritu la tarea de conocer la verdad de las cosas. La realización auténtica del hombre, según ella, no se encuentra en el cuerpo, sino que ha de hallarse en la existencia espiritual. Para ello, el alma tendrá que liberarse de su cuerpo, ya que éste impide alcanzar la plenitud de la verdad. De este modo, los sentidos, la materia, nos estorban en el camino hacia esta meta.

A la luz del pensamiento platónico, la dimensión corporal se revela como un obstáculo, haciendo presente la negatividad de lo material y este aserto tiene su máxima expresión en la enfermedad. A partir de allí, distintas doctrinas continuaron con esta concepción. Así, un cierto cristianismo (el cristianismo platónico al que se enfrenta Nietzsche) acentúa el carácter pecaminoso de la sexualidad. En Descartes, el cuerpo es reducido a una máquina regida por puras consideraciones físicas de extensión y divisibilidad. Para el positivismo y el empirismo, el cuerpo pasa a ser un objeto cuantificable y verificable, un mecanismo ciego y pasivo que simplemente se limita a reaccionar a los diferentes estímulos del medio exterior.

Básicamente, la tradición dualista nos muestra cómo es desvalorizada la dimensión corporal del ser humano, idealizando al extremo su espiritualidad. El cuerpo no podrá ser comparado con un objeto sino más bien con una obra de arte, pues en un cuadro, en una pieza musical, la idea no podrá nunca comunicarse si no es por el despliegue de los sonidos y de los colores. Es así que la corporalidad se presenta como un nudo de significaciones y no como una yuxtaposición de órganos y sensaciones. A través de ella, dotamos de sentido, habitamos y constituimos un mundo.

El cuerpo humano es el movimiento mismo de la expresión que proyecta hacia afuera las significaciones dándoles un lugar, lo que hace que ellas vengan a existir como cosas bajo nuestras manos, nuestros ojos. "Mi cuerpo es la apertura al mundo, percibo con mi cuerpo, así los objetos dejan de ser cosas para pasar a formar parte de la voluminosidad de mi cuerpo...". La simple

presencia de un ser viviente transforma el mundo físico. La percepción deja de ser una función pasiva para ser intencionalidad. Mi esquema corporal, entonces, es la experiencia del cuerpo en el mundo; es a través del juego corporal que me comprometo y significo el mundo, constituyéndolo, y en este movimiento soy yo mismo quien me constituyo. A través del cuerpo, voy instalando coordenadas; somos un cuerpo en movimiento instituyendo espacios y tiempo. Nos proyectamos en un ayer, en un hoy y en un mañana; el aquí y el ahora no provienen sino de la experiencia de mi corporalidad existente aquí y ahora. El mundo en el que vivimos no es comprensible sin mi cuerpo.

La corporalidad como nudo de significaciones y expresión de nuestra existencia, se hace presente como un lenguaje a través del cual me comunico con los otros, introduciendo, por lo tanto, la dimensión de la intersubjetividad. Nuestra corporalidad se constituye en un mundo intersubjetivo: yo soy para otro, mi cuerpo es para otro, mi visión es la visión que el otro tiene de mí o que creo que el otro tiene de mí. Mi existencia en el mundo se confirma cuando otro reconoce mi corporalidad, mi presencia.

La enfermedad, a su vez, pone término a estas cualidades, porque el cuerpo enfermo deja de percibir el mundo, lo excluye. La presencia de otros seres vivientes se ve como molesta y poco gratificadora. La percepción sólo pasa a ser vigía del dolor. El juego intencional se perpetúa entre ingerir el fármaco —esperar que el dolor se vaya—; aparece el dolor —ingerir el fármaco. Surge un deseo suicida de no querer ser significativo. No se hacen proyectos sino los que dicen relación con terminar el calvario que impone la patología, y como el cuerpo es expresión de la propia existencia, la enfermedad es un ruido muy intenso que opaca y apaga la intersubjetividad. Se niega que el propio cuerpo sea para otro y no hay interés en lo que aquél piense acerca del cuerpo sufriente. Salvo, claro está, que la opinión vaya a ser leña que se echa al fuego, donde arde la preocupación por la enfermedad.

Es así como poco a poco el cuerpo se va transformando en el único centro de atención y preocupación. El síntoma, al identificarse con lo material, es considerado como un peligro constante que atenta contra el ideal vital, ideal que se convierte en imposible y sin retorno debido a que enfrenta su existencia a la ley del todo o nada, ser espiritual: sanar o morir.

El enfermo se encuentra subsumido en una temporalidad intemporal, fruto de su propia inmovilidad. En este retraimiento y detenimiento va coartando poco a poco el entramado de hilos intencionales a través de los cuales el ser humano otorga sentido al mundo. En su vida, existe un solo y único criterio de acción; por lo tanto, su existencia se transforma en una existencia monotematizada y alienada. Esta alienación hace que el cuerpo se entregue al médico y a los instrumentos, para volver a ser vivido y tenerlo disponible. La enfermedad hace que la persona pierda

su cuerpo en pos de recuperarlo. Lo hipoteca, para repararlo y volver a vivirlo.

### El lenguaje del cuerpo

El cuerpo habla muchas veces independientemente del lenguaje que quiera imponerle la mente. Es así como puede parecer medroso y apocado, tenso o relajado, introvertido o expresivo.

El cuerpo viejo habla con una voz muy baja; se inclina hacia adelante como dando muestras de respeto y sujeción al tiempo pasado que se ha convertido en su dueño. Las articulaciones y músculos apenas lo sostienen y le otorgan sensación de franca inseguridad. La piel se ha convertido en un cuaderno de hojas ajadas de tanto uso, amarillentas por la pátina del tiempo, cuyo lápiz escribió entre arrugas y dibujó surcos y manchas que lo hacen aparecer como un estudiante descuidado. Pero, para qué culpar al tiempo de la senectud. La vejez no es que el tiempo haya mostrado su faz en el aspecto del hombre. Es el aspecto del hombre que denuncia el paso del tiempo. Es en este acusar, iracundo y airado, que se arruga el hombre, se le frunce el ceño, se le caen los dientes y pierde el pelo. El tiempo no ha hecho nada. Es el hombre que, por denostar al tiempo, por jugarle una pasada, se ha dañado a sí mismo. El cuerpo viejo guarda un alma sin edad, sin tiempo, un niño a veces, un joven las más. El cuerpo viejo es un cajón donde se quedó atrapado el vigor juvenil que pugna por salir por entre los barrotes del tedio y el desinterés, muchas veces obligado por el látigo del cerebro que ya no cae sobre las ancas del deseo o la fuerza, sino que chasquea el aire, o golpea al cuerpo allí donde campea el silencio y la quietud del tiempo que se ha ido a dormir entre las cobijas hechas del rastrojo de un sembrado ya cosechado.

Es mustio el cuerpo viejo y el tiempo actual ha querido revivirlo a expensas del farmacéutico y del médico, quienes, acicateados por el sueño del elixir de la juventud contenido en las tabletas de las drogas que reducen el colesterol o entre los vigorizantes que hacen nacer la ilusión de un nuevo cuerpo, hacen perseguir un sexo con seso cuando, en verdad, la mayoría de las veces no se recupera el seso para usar el sexo.

Algunas “casas de reposo” ofrecen un pasar cómodo al cuerpo viejo. Bibliotecas para leer a destajo, piezas para descansar sin molestias, paseos con auxiliares vestidas de blanco. Pero, no están allí los hijos, a veces no está el marido que hace tiempo que partió o la mujer que no pudo seguir sola, en su viudez. Es cierto, se puede leer, pero debe apagarse temprano la luz para reducir gastos o no molestar. Otras veces se lee, pero trotando la mirada sobre las letras en una carrera loca que impide acuñar conceptos o detenerse a reflexionar, porque el cerebro cerró el “repostero” de la memoria. O el sueño viene raudo, a cerrar los ojos del lector, como si no quisiera que la lectura lo encerrara entre los barrotes de la vigilia.

Es cierto, el cuerpo sale a pasear, del brazo de una extraña, por calles antes conocidas, entre gentes ya sin nombres. También hay senectos que pueden hacer gimnasia, correr un poco, bailar a mediodía melodías de antaño y, raramente, volver a ilusionarse con un amor. Lo frecuente es que el cuerpo viejo caiga, se desequilibre, oscile; que vea poco, que piense en nada, que tenga el infinito en la mirada y la saliva en las comisuras; que la risa no venga fácil y asomen lágrimas a cada rato.

La sociedad nuestra, con hipocresía manifiesta, muestra a la vez como una fiesta adonde se entra con pasajes a precios reducidos, tanto como lo son las pensiones de alimentos y el dinero para los medicamentos.

### La negación de la corporalidad como dimensión comunicacional

Si tenemos en cuenta que el cuerpo es apertura al mundo, que la corporalidad se presenta como lenguaje que se expresa, creando espacios intersubjetivos, constatamos que en algunas circunstancias, en cambio, se niega la dimensión del contacto comunicacional con el mundo. Lo que la anoréxica quiere, por ejemplo, es no ser mirada por los otros, al contrario de la histérica, que utiliza su cuerpo como modo de exhibición. En este afán de ser transparente, casi invisible, aumenta su preocupación por evitar ser objeto observado, siente vergüenza de ser vista, de ser corporal. El fisicoculturista quiere, opuestamente, ser admirado y con ello sentirse bien, seguro de sí mismo. La anoréxica huye de sí y de los otros; el fisicoculturista se mira en el espejo narcisista e invita a los demás a verlo también.

Pero, así como la enfermedad induce a que el cuerpo aprese a la mente, los sentidos del cuerpo pueden y suelen dar informaciones que cambien el comportamiento mental, sea en salud o enfermedad. El hambre, el frío, el calor son sensaciones que, de hacerse displacenteras, desplazan el sentido del cuerpo como un algo silente, y el ruido del cuerpo, la presencia de éste en último término, obliga a concienciar al cuerpo. El sentido del olfato puede hacer cambiar la postura del cuerpo; la vista, provocar sensaciones agradables o no y el oído, incluso, afectar el curso del pensamiento. Es de tal naturaleza la fuerza de los sentidos en su acción sobre la mente, que bastan pocas palabras para terminar con una libido fuerte, provocar serios trastornos del ritmo cardíaco, alterar la presión arterial o, incluso, provocar la muerte.

El hombre de teatro sabe que el cuerpo miente y que el actor se entrena para la escena. Esta mentira del cuerpo puede ser impuesta por la mente (actuación), pero el cuerpo puede mentir verdaderamente cuando, estando ciertamente enfermo, sigue en silencio. En cambio, el hombre sufriente sabe que el organismo no miente, y que la función del órgano si no se integra en una estructura superior se desorienta y se vuelve extraño. La función

no hace al órgano, lo destruye por el mismo efecto de funcionar que provoca desgaste; el órgano se corporiza no por su función, sino en el funcionamiento del cuerpo (como mediador entre el psiquismo y el organismo).

### El cuerpo y el espejo

Los cuerpos se comparan entre sí. Cada cuerpo parece respecto del otro: más alto o más bajo; más gordo o más flaco; más hermoso o más feo; más doblado o más erguido; más enfermo o más sano. Aunque de igual edad, los cuerpos rechazan verse reflejados en cuerpos similares. Mira qué viejo. ¡Éramos compañeros de curso y parece ya un anciano! En cambio, yo, sigo lozano. ¿Espejito, espejito, dime: sigo jovencito? El espejo tiene una sola respuesta: estás igual que siempre. No pasan los años por ti. Es cierto. No pasan los años por la imagen del espejo, porque el cerebro ve sólo lo que guarda en la memoria de la memoria.

Lo mismo sucede en las actividades que las personas hacen ejecutar a sus cuerpos delante de un espejo. La persona puede mirarse a sí misma. Ve la imagen de su cuerpo y no le pasa desapercibido ese lunar que antes no estaba, ni esa mancha roja que apareció recientemente. No deja de ver cómo es que hay tantas arrugas, o por qué los ojos están con un arco blanquecino o los párpados parecen estar hinchados. La nariz un tanto gruesa y llena de venas azuladas o violáceas. El cuerpo habla a la mente desde el espejo; es como si dentro del espejo estuviese el cuerpo y fuera de él, el alma. Ésta aprecia la historia que el tiempo con su lápiz ha ido escribiendo entre las páginas del cuerpo. Observa el alma, se muestra el cuerpo. El cuerpo es el libro en donde el alma lee.

Habitualmente, si un individuo quiere herirse, requiere de una inmensa voluntad para vencer el sentido de autodefensa. No es fácil inferirse heridas a uno mismo. Pero, delante de un espejo, es más fácil herir al propio cuerpo, porque la división artificial que el espejo hace de cuerpo y alma, deja indefenso al cuerpo.

En muchos hoteles, las habitaciones de los huéspedes tienen grandes espejos. En ellos, se miran los amantes y erotizan zonas que un contacto normal no haría. De este modo, puede observarse el rostro del otro en el curso de un beso o región posterior alta y baja de uno de los miembros de la pareja, mientras es recorrida por las manos del otro. Allí, la mente acaricia a dos seres: al cuerpo que su propio cuerpo tiene entre sus brazos y al cuerpo que está allá, en el espejo. Desde éste, desde el cuerpo en el espejo, se reciben las sensaciones visuales mientras, desde aquél que se posee, se reciben las táctiles, olfatorias, gustativas y auditivas. Y es el ojo, en su relación con la región orbito-frontal, el que lleva el estímulo a la sustancia límbica, cuna de los afectos o de los sentimientos. Así el espejo, despojando al cuerpo del amante de su propia mente, que se ha quedado entre los

brazos de la amada, le otorga al cuerpo del espejo una presencia del todo singular, diferente al cuerpo que se tiene abrazado.

El espejo de cuerpo entero, donde se observa el individuo a sí mismo en toda su dimensión, le enseña cómo es visto su cuerpo por los otros cuerpos en su contexto y en su andar. El cuerpo da una información sesgada en esta condición, porque el individuo aprende cómo es, pero no cómo camina, porque el cerebro se siente observado y no ejecuta los movimientos con la automatización habitual y normal. La información, por lo tanto, no es enteramente acorde a la realidad. Lo mismo acontece cuando esa marcha es alterada por la existencia de una enfermedad, ocasión en la cual se acentúan los rasgos de aquélla. Así, por ejemplo, el temblor del enfermo aquejado de enfermedad de Parkinson acentúa el temblor; el paciente con distonía cervical aumenta ese rasgo, y el que camina con rigidez de las extremidades inferiores y flectado un poco hacia adelante, tiende a cambiar el eje axial del cuerpo. Es notable, pues, la división mente-cuerpo en el sentido que el cerebro siente que el cuerpo es observado por la mente y, aún siendo parte del mismo individuo, ordena cambiar la información. En la vida psíquica esto podría homologarse a la mitomanía, afección que hace a la mentira una verdad vívida que pasa a cambiar la realidad para hacerla devenir en mentira y, a la mentira, convertirla en realidad.

Frente al espejo, la originalidad que supone un gesto como el de colocar algo ante los ojos para exponerlo expresamente a la inspección de la vista, es un gesto que hace que ésta, de elemento de supervivencia, pase a ser agente de conocimiento. El gesto, adscrito a la mirada, de colocar un objeto ante los ojos, debe anteceder forzosamente, pues, al de la propia mente, que así se muestra en parte subsidiaria del mismo. Antes de que la mano proceda a inscribir un lenguaje sobre la superficie cerebral, es decir, antes de que pase a objetivar el proceso reflexivo, se produce la conversión de la vista en mirada, un proceso que supone asimismo la delimitación de un campo visual susceptible de ser inspeccionado visualmente y de constituirse, por lo tanto, en receptáculo de los signos que expresan el pensamiento.

Tomando esto en consideración, da la impresión de que la imagen reflejada en el espejo sirve para prolongar la mirada más allá de la propia mirada, hacia una región distinta a la que puede ofrecer la intención mimética de la imagen. Es decir, que la mirada, al quebrar la superficie reflectante de lo real pone, ante la vista, los mecanismos del pensamiento. Pretende, en una palabra, homologar la función de ver a la de pensar. Una vez comprobado por la experiencia humana que la visión puede discriminar la realidad mediante la mirada (esa conjunción de intención, gesto y visualidad), el siguiente paso es convertir en expresivos los elementos de la realidad captados y asimilados visualmente por la mirada. El lenguaje de la imagen, sin embargo, no está todavía a punto, porque nosotros no estamos aún hechos para ella. No hay por ahora suficiente respeto, suficiente

culto por lo que expresa, porque la imagen del espejo estuvo predestinada a un uso. De ese uso, surgieron pensamientos y de éstos, nuevos usos.

Lo primero, pues, es observar una distancia natural para con lo mirado y, después, adentrarse hondo en la textura de los datos. La imagen que así se consigue es muy diferente. La del ojo es total y la del cerebro múltiple, troceada en partes que se juntan según una nueva ley. La representación de la realidad es para el hombre que así actúa incomparablemente más importante, puesto que garantiza, por razón de su intensa compenetración con la imagen de la amada, un aspecto de la realidad despojado de todo aparato que ese hombre está en derecho de exigir en el ámbito sólo de los sentidos, para surgir, de pronto, la belleza.

### El cuerpo y la invalidez

La invalidez es una condición defectuosa física o mental, congénita o adquirida, que impide o dificulta algunas de las actividades del individuo. Se la entiende también como inutilidad o impedimento. El ciego de nacimiento, el portador de displasia, de sordera, de ausencia de brazos, o de cualquiera otra limitación acaecida en los primeros años de vida o desde el seno materno, se tolera bien, no lleva a deficiencias en la autoestima, se tiene más sentido de realidad para llevar a cabo las tareas posibles y especial fuerza para alcanzar metas más altas. Diríase que siente al normal como un igual o, bien, como un alguien que, bajo ciertas condiciones, puede dispensarle ayuda, la misma en valor que la que se prestan entre sí los normales. Diferente es el caso cuando la invalidez se sufre después de haber vivido sin limitaciones, porque sobreviene la pena del propio estado, la ira frente a los causantes y a los cercanos sanos, y la conciencia de una limitación irremontable o irreparable. A veces, pasan meses, incluso años, antes de que la persona así dañada vaya recuperando la fe en sí misma primero, sane los elementos depresivos, aumente su autoestima, decida considerar con normalidad y entereza las relaciones humanas, evitando comparar su situación con la de los normales. Y decida convertir en factor de superación su invalidez.

La atención ofrecida a la persona con discapacidad ha ido y va tomando cada vez mayor entidad, según pasa el tiempo y se van sustituyendo por otras nuevas las antiguas costumbres. Este avance, tan loable, tiene un peligro, el de caer en la deshumanización y la cosificación, más proclive la sociedad a proveer de bienestar externo, a impartir una política de compensaciones, que a compartir las inquietudes y los deseos, las ilusiones, los anhelos, de unas personas que nunca son disminuidas en sí mismas sino en relación con las disponibilidades que se les ofrezcan. Durante la historia de la humanidad, los minusválidos han tenido que vivir sus propias vidas, por lo general sin ayuda, muchas veces enfrentados a dificultades adicionales. Sus odiseas merecen un poco de atención, porque son avatares de

hombres y mujeres obligados a luchar más de lo habitual para lograr unas conquistas que, si se midieran proporcionalmente, resultarían casi siempre superiores a las alcanzadas por el promedio de todos los nacidos.

Conscientes ya todos de ser solidarios de cuanto le ocurra a cualquiera de nosotros, no es lo más importante considerar la discapacidad como situación vivida por quien la contiene, sino intentar comprender lo que sienten aquéllos que se ven obligados a luchar a pesar de ser portadores de ella. Más allá, o más acá, de la compasión, importan la lucha de un niño discapacitado por evolucionar o el triunfo logrado por seres semejantes a como fueron Homero, Beethoven, Helen Keller o Goya, que usaron su limitación como estímulo, no como freno. Sin olvidar la desesperanza ante la discapacidad ajena, como le sucedió a Unamuno, o la templanza y la comprensión humana de un Luis Vives. Entonces, el afán de despeñar, como en Esparta, o de comprar con limosnas la salvación del alma, o el desprecio, incluso toda la apariencia política, se trocarán en admiración.

De aquí, en parte, el menosprecio ancestral hacia el discapacitado por parte de la sociedad, a pesar de las llamadas en contra lanzadas por personas de buena voluntad. La Leyenda de Riquet, recogida por Perrault, en uno de sus "Cuentos de viejas", y tan espléndidamente humanizada por Buero Vallejo en "Casi un cuento de hadas", traduce la superioridad de la bondad, de la calidad de alma, sobre la apariencia física. Hasta el punto de que la belleza interna de Riquet es seguramente la que al conseguir enamorar a la princesa transforma a los ojos de ésta toda su fealdad aparente en auténtica hermosura. Un grito en contra de ancestrales encasillamientos, de este eterno juzgar de la sociedad por las apariencias, parece existir también en el cuento de Perrault con la presencia de las dos princesas, una hermosa y boba, la otra inteligente pero fea, al ser a la larga la fea la que se va llevando tras sí a los pretendientes llegados al reclamo de la perfección física de su hermana. Algo análogo podría decirse de la figura de Cyrano de Bergerac, cuya verdadera hermosura solamente al final es comprendida por Roxana.

En cambio, lo inculto es desconfiado, solapado, egoísta. Ese trato secular que se da al discapacitado no traduce en el fondo sino una ignorancia, una incultura realmente feroces. Es casi imposible llegar así a alcanzar sentimientos nobles y altruistas. Un ejemplo paradigmático de todo esto lo tenemos en la mendicidad profesional, a la vez víctima y explotadora de la ignorancia inconsciente del pueblo, que inútilmente se disfraza de una falsa y ramplona sabiduría, fácil al engaño. Por eso, donde más mendigos ha habido siempre, donde más, por desgracia, continúa habiendo, es en los pueblos, aunque no falten hoy en las ciudades. Hemingway, gran observador, se da cuenta de esto y lo describe en "Muerte en la tarde": "La plaza está al final de una calle tórrida, larga y polvorienta que del frescor selvático de la población lleva hacia el calor y los mutilados de profesión,

los profesionales del horror y de la limosna que siguen las ferias de España una tras otra, bordean la carretera, agitando sus muñones, exponiendo sus lacras, exhibiendo sus monstruosidades y pidiendo limosna con su gorra entre los dientes cuando no les queda otra cosa para sujetarla; de manera que recorréis ese camino polvoriento, como si fuese un torneo, entre dos filas de monstruos hasta la plaza." Se escribió esto en 1932. Todavía tiene en muchos lugares una vigencia indiscutible entre nuestras costumbres.

En Santiago, el discapacitado va en su silla de ruedas, mientras en otras esquinas muchos cuerpos disfrazados de payasos y saltimbanquis, extienden las manos para recibir el pago de otras "discapacidades". El discapacitado necesita ayuda, qué duda cabe. Ayuda para conseguir una vuelta a su estado primitivo tan completa como pueda alcanzarse, lo cual deberá buscarse con todos los medios con que cuente la sociedad. Ayuda en cuanto a su orientación profesional y en el aprendizaje de la nueva profesión, así como en la consecución de un puesto de trabajo estable, sin el cual todos los esfuerzos quedarían truncados.

En un sentido amplio, inválido es "el que no vale", es decir, el que carece de "valor". Ocurre que, en general, la palabra "valor", a consecuencia de un empleo semántico demasiado unilateral, que la costumbre ha ido marcando poco a poco en nuestro lenguaje común, evoca en la mayor parte de nosotros el concepto de "valentía", que el diccionario define como "cualidad del ánimo que mueve a acometer resueltamente grandes empresas y arrostrar sin miedo los peligros". Pero existe una acepción de "valor" con un matiz mucho más amplio y una clara raigambre filosófica y que, sin embargo, suele olvidarse. Esta acepción indica un concepto de "validez", de "valer" o "ser válido", lo que equivale a decir que expresa el "grado de utilidad de las cosas para satisfacer las necesidades o proporcionar bienestar o deleite" o como "mucho mejor" y que indica la "propiedad que tiene un objeto de ser deseable".

Se puede analizar muy bien este segundo sentido del término "valor" al tomarlo como expresión de los estados de desigualdad de rango que hacen que el hombre distinga uno de otro los diferentes elementos físicos y espirituales ante los que se encuentra. Ahora bien, cada individuo experimenta la desigualdad de rango entre los mismos contenidos de una manera forzosamente subjetiva, es decir, diferente a la apreciación de los demás, lo que crea distintas jerarquizaciones y, por consiguiente, acciones, respuestas y aun conductas muy diferentes unas de otras.

En un principio, mendigo equivalió a mentiroso, engañador. Como mendoso y mendaz, palabras hermanas, hijas de la misma raíz latina. Es aquél, entonces, que, para conseguir lo que quiere, miente. La entrada de algunas órdenes religiosas en un modo de mendicidad legalizada, dignifica en parte este concepto que, sin embargo, va a mantener con pureza su contenido inicial a lo

largo de los siglos y sin interrupción. Recibe más el mendigo que miente mejor y usa su cuerpo con más gracia y, en cambio, suele fracasar aquél que se limita a exponer la verdad. El matiz religioso va a dar también a su vez al mendigo un importante toque de carácter que influye incluso en la nomenclatura. Profitear es mostrar, ofrecer, anunciar, reconocer. Profesar, o tomar profesión, equivale por tanto a declarar o mostrar públicamente una verdad religiosa, una creencia científica o, como en el caso que nos ocupa, un oficio o forma de trabajo.

Viene así a resultar que mendigo profesional es aquel hombre que declara públicamente que su oficio es mentir. El que hace oficio de la mentira. Triste, pero real, como sucede casi siempre que se profundiza un poco en la imperfección humana, para lo cual el análisis del lenguaje es un método ideal. "Ver a través de la palabra es duro, por cómo humilla y sobrecoge saberse donde el origen mismo del misterio que abiertamente se revela".

Uno de los factores más importantes, del que han derivado seguramente la mayor parte de los mendigos que en el mundo han sido, es la discapacidad, es decir, la alteración física o mental de la aptitud global que, por nacer humanos, corresponde. El discapacitado, que ha sido durante siglos el principal protagonista de la mendicidad profesional, ha pasado hoy a convertirse en el sujeto esencial de la nueva especialidad médico-social llamada "Rehabilitación", pero el cambio no se ha cumplido de manera suficiente para que quedaran rotos vicios y costumbres ancestrales. La costumbre constituye precisamente otro importante factor en la constelación que ha venido manteniendo durante tanto tiempo el fenómeno de la mendicidad profesional. Existen unos valores impuestos, unos conceptos que son imbuidos y que se aceptan como propios sin que la capacidad individual de discernimiento haya intervenido en su análisis. Se los admite por la única razón de que fueron también admitidos por nuestros padres, por nuestros antepasados, sin advertir que nuestras circunstancias, ahora, son por completo diferentes, como también lo son los medios de que disponemos y la situación técnica y social del mundo actual en que vivimos. Lo cierto es que todavía persiste un concepto del "inválido mendigo" basado en la compasión, lo que permite una forma de vida tan antigua como el mundo, increíblemente rica en matices de engaño y fingimiento.

Hay que reconocer que la mendicidad como oficio existe no por necesidad, como los demás oficios útiles, sino porque siempre ha estado admitida, razón más sólida de lo que cualquier razonador lógico podría imaginar. De nuevo, volvemos a encontrarnos con la costumbre y con valores aceptados sin ser previamente comprendidos. Un mendigo ha conmovido siempre y por eso conmueve también ahora. Harlan Gilmore dice acertadamente en "El mendigo" ("The beggar"): "Los gobiernos legislan en contra de ellos; pero es tan poderoso su hechizo que el legislador, en un acceso de emoción, echa una moneda en el platillo del mendigo".

En este hechizo, influye no poco el idealismo religioso y la caridad irreflexiva. Tanto en las formas de caridad individual como en las organizadas, sobre todo si estas últimas están realizadas por una comunidad religiosa, se mira más el mérito de la obra que su necesidad o pertinencia, de lo cual se aprovechan los dependientes sociales avezados. "Mío es el mundo como el aire, libre, - otros trabajan porque coma yo; - todos se ablandan si doliente pido - una limosna por amor de Dios", dice Espronceda en su famoso poema. "Y a la hoguera - me hacen lado - los pastores - con amor - y sin pena - y descuidado - de su cena - ceno yo...".

Al éxito del mendigo profesional, contribuyen en gran manera las situaciones de discapacidad. El mendigo con discapacidad posee tan ancestral poderío sobre el resto de la sociedad que ha llegado a verse fuera de ella. Todavía, para el hombre medio, y a través de un valor impuesto, el discapacitado es siempre mendigo, ajeno a la sociedad e incluso al resto de la humanidad, a lo cual ha contribuido no poco una defectuosa interpretación de la máxima de Juvenal ("mens sana in corpore sano"). Ahora, el aceptar, que es nada más comprender, que los discapacitados también son seres humanos, hechos por Dios a Su imagen y semejanza, con pleno derecho al trabajo y a la integración social, conlleva una especie de estupor y exige una marcha atrás acelerada, hasta despojarse del tópico, que rueda de generación en generación como si fuera redondo y conseguir una valoración consciente del problema. Real. Actual. Cristiana.

Con los fingimientos y engaños de pobres, mendigos, presos o maleantes, se podría llenar un volumen entero. Que forman un cuerpo muy unido lo demuestra el hecho, bien conocido, de las señales convenidas que dejan en árboles, caminos o casas, para indicar a otros la condición, favorable o no favorable a la dádiva, de aquel vecino o de aquel lugar. Vamos a limitarnos a tomar algún ejemplo de fuente literaria, relativo a las normas técnicas del engaño limosnero.

Dice Francisco de Quevedo en su "Buscón": "Dormía en un portal de un cirujano con un pobre de cantón, uno de los mayores bellacos que Dios crió. Estaba riquísimo y era como nuestro retor. Ganaba más que todos. Tenía una hernia muy grande y atábase con un cordel el brazo por arriba y parecía que tenía hinchada la mano y manca, y calentura, todo junto. Poníase echado boca arriba en su puesto y con la hernia de fuera, tan grande come una bola de puente y decía: ¡Miren la pobreza y el regalo que hace el Señor al cristiano! -Si pasaba mujer decía: ¡Ah, señora hermosa, sea Dios en su ánima!- Y las más, porque las llamaba así, le daban limosna y pasaban por allí, aunque no fuese camino para sus visitas."

Estos toques psicológicos de habilidad siempre se han dado en el mendigo profesional con vocación y condiciones. Pocas veces se equivoca un mendigo experto, pidiendo a quien no le

va a dar. Él lo sabe de antemano. La situación cambia también mucho cuando en lugar de estar sola la persona elegida se halla con alguien. Con dos personas, las posibilidades de éxito son casi seguras. En este capítulo del dominio psicológico, encajan los sistemas de petición indirecta. Douglas refiere un truco casi infalible en “¡Aleluya, soy un vagabundo!”, publicado en 1932. Consiste en acercarse al “primo” y preguntarle la forma de ir a una población, por ejemplo Hammond, Indiana. Permite que el bienintencionado sujeto le explique combinaciones de tren o autobús durante un rato y entonces le dice que lo que desea saber es la carretera más directa, pues ha de ir andando por carecer de dinero. El otro, asombrado, le dice que hay más de veinticinco millas y el vagabundo contesta que no tiene otra opción. Ha sido contratado allí con un buen sueldo, pero para ello debe llegar y carece de medios. Da las gracias y aparenta alejarse. Es muy raro que el sujeto no pique.

El mismo maestro alecciona a “fingir lepra, hacer llagas, hinchar una pierna, tullir un brazo, teñir el color del rostro, alterar todo el cuerpo y otros primores curiosos del arte, a fin de que no se les dijese que, pues teníamos fuerzas y salud, que trabajásemos”. En el mismo libro, inagotable en sus ejemplos, puede leerse: “Otras veces, que había ocasión y tiempo, en divisando tropa de gente, nos apercebíamos a cojear, cargándonos a cuestras los unos a los otros, torciendo la boca, volteando los párpados para arriba, haciéndonos mudos, cojos, ciegos; y valiéndonos de muletas, siendo sueltos más que gamos, metíamos las piernas en vendas, que colgaban del cuello o los brazos en orillos, de manera que con esto y buena labia, siempre valía dinero”. Víctor Hugo utiliza el tema en varias obras: “Los miserables”, “El hombre que ríe” y, sobre todo, “Nuestra Señora de París”: “...allí una especie de perdonavidas, un valentón, como se dice en caló, que desataba silbando las vendas de su supuesta herida y sacaba a relucir su sana y vigorosa rodilla, fajada desde por la mañana con cien mil ligaduras; acullá preparaba un pordiosero, con escrofularia y sangre de toro, su “pierna de Dios” para el siguiente día. Dos mesas más abajo un palmero, con su hábito característico, deletreaba la canción de “Santo Dios, Santo inmortal”, sin olvidar la salmodia ni el peculiar acento gangoso; aquí un joven hampón daba lección de epilepsia con un gitano viejo que le enseñaba el arte de echar espumarajos por la boca mascando un pedazo de jabón”.

La desgracia exime en parte de culpa y aun nos atreveríamos a decir que de responsabilidad. Se ha visto cómo hay una mendicidad aguda, obligada, que en modo alguno puede ser tenida como profesional y que es la mendicidad del cataclismo, de la catástrofe económica. Sin embargo, resulta evidente que el mismo contratiempo, con los mismos resultados catastróficos o idéntica necesidad de mendicidad temporal, no influye de la misma manera sobre todas las personas. Algunas, la mayor parte, salen muy pronto de la situación y se hacen de nuevo independientes. Otras, en cambio, aparentemente de la misma con-

dición y en situación análoga que las anteriores no son capaces de superar el momento de contrariedad y quedan sumergidas en una mendicidad crónica, a la que se amoldan y acostumbran, con más o menos protestas de vergüenza y manifestaciones de pena, hasta hacer de ella su medio de vida habitual. Algo hay, por tanto, que impulsa a la mendicidad profesional y que no es el miedo, ni la desgracia, ni el horror al trabajo ni todos estos factores unidos. Algo que se halla en alguna parte de la personalidad de cada uno. El ambiente y la tradición pueden aderezar el conjunto, pero no bastan, puesto que también hay mendigos profesionales de este tipo vocacional en países jóvenes y ricos, en los que el ambiente no es propicio y la tradición no ha llegado apenas a formarse.

Así, pueden separarse dos grandes grupos de mendigos profesionales por factores de personalidad: aquéllos en los que la estructura de su personalidad contiene unos matices vocacionales que les impulsan a mendigar para vivir y aquellos otros que, sin verse directamente impulsados por los factores de su personalidad a una mendicidad convicta, caen fácilmente en mendicidad precisamente porque su personalidad los arrastra a un género de vida abocado a ella. Para el primer grupo de estados de mendicidad vocacional, se habla de mendiguez. El segundo grupo se halla integrado por las facetas que componen el interesante y apasionante fenómeno del vagabundo.

Párrafo aparte, como siempre, merece el mendigo discapacitado, por su especial condición psicofísica. No hay tampoco en él inclinación alguna hacia la mendicidad y se podría decir, en el fondo, que cada sujeto sería el primero en abandonarla si se le permitiera. Le faltan la vocación, la inclinación a pedir, características de los estados de mendiguez. Si pide no es por impulso propio, sino porque le es necesario, y acepta ser mendigo como aceptó ser bufón y aún acepta, en muchos sitios, ser atracción de barraca de feria, con un sufrimiento incrementado por el hecho de saberse útil para empresas mejores. Si algo hay en la personalidad del mendigo discapacitado, cobre o no una pensión por incapacidad, es resentimiento y hasta puede que, en algunos casos, malevolencia, cabría decir que justificados. O, por lo menos, con muchos eximentes para el aparente culpable.

### **El cuerpo y el lema de nuestro tiempo: vivir para siempre**

Los avances médicos han permitido poner en evidencia que cambios en los hábitos alimentarios, estimular la vida activa, acentuar el control médico periódico, han aumentado las expectativas de vida. Se ha desencadenado, de este modo, una fiebre por bajar los niveles de colesterol sanguíneo, de hacer descender los niveles del azúcar en la sangre incluso por bajo cifras que fueron inamovibles como normales los últimos sesenta años; se estima que es imperioso tratar todo aumento del ácido úrico por sobre niveles que antes no se consideraba peligroso; un síntoma es perseguido hasta en sus menores detalles, sometiendo al

paciente a exploraciones de laboratorio que suelen entrañar peligro por su complejidad o por el uso de sustancias que pueden ser nocivas para el cuerpo. De este modo, se ha medicalizado la mente y se ha farmacologizado el cuerpo. A su vez, las mayores expectativas de vida han ido convenciendo al hombre que la muerte no existe y que un cuerpo es joven a los sesenta años.

Está bien tratar de tener el colesterol en cifras normales, pero los medicamentos que se usan para alcanzar dicho objetivo pueden provocar lesiones hepáticas e inflamaciones musculares, y en un porcentaje de personas, impotencia en el caso del varón. Con todo, sin embargo, se hacen cálculos de sobrevida: se cree que con esfuerzo y prudencia se vivirá más y se somete al cuerpo a diversas torturas en pos de una vida más larga. La pregunta es si exponer el cuerpo a ese trato es un precio razonable a pagar por una sobrevida no asegurada ciento por ciento. Los medicamentos para alcanzar cifras de azúcar sanguíneo más bajas, junto a un régimen estricto de suspensión de la ingesta de azúcares, también tienen riesgo, entre otros, diarreas, molestias abdominales intensas y bruscas bajas del nivel de glicemia que pueden producir compromiso patológico del sistema nervioso central con amnesias, ceguera, aumento de la sordera, alteraciones del ritmo cardíaco, infartos, etcétera.

En ocasiones, el gasto en medicamentos o la fiebre del régimen alimenticio provoca tal estrés que sube la presión arterial, o se desencadena una depresión cuya evolución puede, incluso, llevar a la muerte. El cuerpo, esclavizado para vivir más, puede morir en el intento. Por otra parte, vivir medicalizado apareja tensión emocional; provoca un grado de angustia que lleva a limitaciones mentales, a mayor amnesia, a más acidez gástrica y a la aparición de insomnio y bulimia, porque se teme a la muerte. Es decir, se muere antes de morir. Se suma, a ello, la actitud de la propia medicina, de los médicos, los cuales, cuando ven en un paciente determinado algún examen de laboratorio un poco alterado, casi rasgan vestiduras, asustan al enfermo, lo culpan de ese "desastre" y lo esclavizan a la idea de vivir para no morir: "Con su colesterol normal, vivirá para siempre".

La definición de salud, estado de bienestar físico, psíquico y social, reduce notoriamente el número de sanos. Diría que no existe el hombre sano, porque de una u otra manera tiene alguna anormalidad en una, en dos o en las tres esferas de la definición. Esta medicalización del cuerpo ha provocado graves trastornos a médicos y pacientes. Los médicos han ido cautivando el cuerpo de los pacientes y con el pensamiento íntimo de que es mejor intervenirlos cada vez que hay alguna alteración, por pequeña que fuese; en los parámetros de laboratorio, tienden a usar medicaciones que puedan revertir anormalidades. De allí que existe una gran cantidad de pacientes con terapias para reducir colesterol que bien podrían no usar aquella terapia que es peligrosa para la función hepática y para la integridad muscular. Lo mismo vale para las cifras de azúcar en la sangre que apenas

sobrepan en un miligramo la cifra normal. A muchos de estos pacientes, se les dice que tienen posibilidades de llegar a ser diabéticos y, con ese miedo, son hechos cautivos de fármacos que suelen alterar la función digestiva. Pero, he aquí lo peor. Estas personas quedan presas del temor a desarrollar diabetes y la vida comienza a redirigirla en la dirección de prevenir a toda costa la ocurrencia de esa enfermedad, ignorando que podrían no llegar a tenerla jamás.

El cuerpo va siendo, así, objeto de un culto en manos de la medicina preventiva, y pasa a enseñorearse de la psiquis del paciente y de la psiquis de la sociedad. Lo extraordinario, y que nadie dice, es que por una parte se cuida al cuerpo para que no muera y, por otra, se lucha denodadamente por legislar acerca de la eutanasia y, eventualmente, por el suicidio asistido. Las personas no se dan cuenta de que es preciso cuidar al cuerpo y al alma, para vivir mejor, pero no para no morir. La vejez actual es cada vez más objeto de preocupación por parte de la sociedad, no sólo por los gastos que irrogará, sino por el incremento de "casas de reposo" de ancianos que antaño eran como lugares de excepción para llevar allí a los padres viejos. Ahora, es una rareza que los ancianos no estén en una casa de reposo. No se puede desconocer su utilidad en ciertas circunstancias, pero debe considerarse que los ancianos que habitan en ellas tienen que sufrir la tragedia de compartir con quienes no quiere, oír quejidos de quienes no ama, a veces no dormir bien por el ruido hecho por desconocidos, sufrir extorsiones sutiles para que cambie alguna conducta, ver programas de televisión que no le interesan y se le imponga una compañía que no desea.

El cuerpo del anciano es la casa del tiempo pasado, y yace en una casa de reposo mientras la mente divaga por entre los recuerdos de la juventud ya ida y oye, cada vez más fuerte, el ruido del cuerpo viejo: el crujir de las articulaciones, el edema de las piernas, el frío de todo el día, la vista borrosa, el oído tardo, el caminar penoso, el sueño que viene en el día y huye en la noche, el temblor de la mano, la voz débil, la memoria frágil, el dolor del hijo que ya no viene o el acicate del deseo que ya no puede ser saciado.